

JULIO ALFREDO EGEA

CARTAS Y NOTICIAS

EDICIONES DEL EXCELENTISIMO
CABILDO INSULAR DE
GRAN CANARIA



Entre los primordiales propósitos del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria se ha contado siempre el estímulo y exaltación de todas las actividades del espíritu en la Isla. Para hacer más eficiente ese propósito, el Excmo. Cabildo, a través de su Comisión de Educación y Cultura, ha emprendido unas cuidadas ediciones que abarcan diversas ramas del saber y de la creación literaria.

Entre otros textos, se publicarán antologías, monografías y manuales en que se presenten y estudien aspectos relativos a nuestras Islas; y se reeditarán, además, obras que por su rareza, por su importancia o por su antigüedad, merezcan ser divulgadas. A competentes especialistas se encomendarán los prólogos y notas, así como cada una de las ediciones.

* * *

Esta empresa editorial constará de las secciones siguientes:

- I.—Lengua y literatura.
- II.—Bellas Artes.
- III.—Geografía e historia.
- IV.—Ciencias.
- V.—Libros de antaño.
- VI.—Varia.

Ediciones del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria
(*Comisión de Cultura*)



I

LENGUA Y LITERATURA

JULIO ALFREDO EGEA

CARTAS Y NOTICIAS

1973

Depósito Legal: SE-295-1973.

ESC. GRÁF. SALESIANA - SEVILLA

NOTA MARGINAL

Julio Alfredo Egea pide un prólogo para su libro «Cartas y Noticias». Quiere el prólogo de un amigo de juventud y de versos. Pero el amigo —ese amigo soy yo— no puede escribir un prólogo: la poesía de Julio Alfredo tiene ya suficientes admiradores. Un prólogo, no. Una nota marginal a sus «Cartas y Noticias», sí. En ella, el lápiz rojo del amigo se limitará a subrayar dos cosas:

I.—Julio Alfredo Egea —su nombre sabe, convendréis conmigo, a verano entrado y a frutos maduros— redime las cosas ordinarias. El sabe ponerle pedestal a las manos «diestras y calladas» del abuelo; al verderol «que inunda los silencios del olmo».

Lo cotidiano —Julio Alfredo Egea lo ve y nos lo traduce— tiene un valor irremplazable. Porque es con las piedras de lo cotidiano con que se construye la vida, el hogar, el amor, la fe. Para él tiene importancia lo que no es importante. Y darse cuenta de esto puede ser decisivo —y acaso redentor— para el hombre moderno. Conserva la capacidad de maravillarse ante lo simple: éste puede ser el antídoto contra la creciente insidia de lo complejo y de lo sofisticado.

Julio Alfredo Egea cumple fielmente su deber, profético y poético, de dar noticia «del cotidiano resplandor» —así nos dice él—, de las cosas y de las gentes anónimas. Y, advirtiendo con dolor y sin escándalo, que «el hombre siempre es triste fabricante de redes», nos dice con toda seriedad: «Rezo a Dios y le pido por los hombres sin pájaros». Y es que está seguro

de que la verdad está con los hombres «que alzan los sombreros saludando a los pájaros».

Bien sabe él que el día que no haya alondras —ni cosas simples y elementales—, ese día el hombre se sentirá mortalmente herido de tristeza. Habrá olvidado el secreto elemental de su riqueza interior y se sentirá, además, encerrado en el laberinto de sí mismo.

II.—El último verso de «Cartas y Noticias» es éste:

«¡Qué cerca estaba Dios! ¡Y sin saberlo!»

El nos da la clave de otro aspecto —esencial, me atrevería a decir— de la poesía de Julio Alfredo.

No es una novedad decir que «Dios anda entre pucheros». Pero es un gozo descubrirlo. Es un gozo saber que:

«Rueda Dios en el tiempo repitiendo los pájaros».

Cualquier hombre nacido de mujer se alegrará al poner, si no en los labios, sí en la mente de su padre estos versos que Julio Alfredo dirige a Patricia ante «la Noticia del Amor Cumplido»:

«Hoy me dices que sientes nuestra sangre creciendo:
¿Qué colosal ballesta de Dios se ha disparado?

.....

Rojos golpes de sangre junto a Dios me detienen;
he sentido en mis venas su bondad navegable,
me ha cogido el inmenso tornasol de su mano,
ya seré primavera desbordando su alforja.»

O estos otros entresacados de la «Carta desde Teruel, para un amor lejano»:

«Siento tu amor aquí, en la distancia,
como un fuego de Dios...».

Dios siempre presente. Delante de nosotros está siempre su huella:

«Cerraremos las puertas,
buscaremos fanales,
cortaremos caminos,
pero siempre veremos
esa espalda de Dios mientras se aleja.»

Cabe —es obligado casi— hacerse una pregunta ante esta característica de la poesía de Julio Alfredo: ¿No deberían —deberíamos— los teólogos escuchar más a los poetas?

Filósofos ha habido que han dicho: «Dios ha muerto». Y esta glacial sentencia de los filósofos ha llevado a crear «una teología de la muerte de Dios». La teología —alguno de sus maestros al menos— ha obedecido a la «razón». Pero, ¿basta la razón para el hombre? ¿No tiene el poeta más razones que la razón? ¿No desborda su conocimiento las fronteras de la lógica?

Muchos de los libros de la Biblia son libros poéticos. Lo que equivale a decir que Dios se ha servido frecuentemente de poetas para transmitir su mensaje a los hombres. Ahí está el Cantar de los Cantares, los Salmos de David y las Profecías de Isaías, por ejemplo. ¿No será que el poeta es más dócil que el filósofo? ¿No será que el primero acepta la inspiración como un don, mientras el segundo hace del raciocinio una conquista? ¿No será que el uno ofrece lo gratuitamente recibido y el otro impone lo ufanamente alcanzado?

No es este sitio —el breve margen de estas «Cartas y Noticias»— el lugar más adecuado para responder a estos interrogantes. Ahora, no queda espacio sino para agradecer a Julio Alfredo Egea el poder habernos hecho estas preguntas a la luz de sus versos.

JUSTO MULLOR

Bruselas, Fiesta de Santa Teresa, 1969.

NOTICIA DE LA SED

NO me digáis ya más..., la sed no puede
acabar, los brocales
están erosionados por la súplica.

Dios escondido atiende
quizá sus infinitos regadíos
y después nos contempla
construyendo un aljibe presuroso.
No me digáis ya más..., ya sé bastante,
gritaré vuestra sed, mi manadero,
mi manera de amor está dispuesta.

Mis vecinos de rambla,
mis iguales en resaca y plegaria,
mis amigos de lumbre,
vamos siempre soñando
pequeñas libertades sin cosecha.
La fuerza de la tierra,
este tirón de lija
nos vuelve a derribar y secos frutos
mendiga nuestra sombra, y retornamos
con las manos alzadas, en espera
de que el sol reconozca cicatrices.
Seguiremos soñando
alcanzar gañanías infinitas.
Seguimos ejerciendo
una labor de cántaros y cauces,
apartando la carne del esparto,
inventando caricias
de paraíso remoto.

Ni la noche amordaza la jauría:
miedo, negrura y zarza.
También existe cada primavera
fracaso de semillas,
erupción de escopetas
apuntando hacia el vuelo inaugurado.
Los niños no creían
que pudiera escaparse el globo rojo
y seguían con el hilo
cortado y la esperanza.
Alguien ha descubierto
los altos pedregales de la luna.
Una agonía unifica
la sangre y el espíritu.
Un salario de exilios para el mundo
pagan hombres de técnica,
y pobres sabios ciegos investigan
los posibles pilares de la muerte.
Los hombres de mi pueblo
comercian con estiércol.

No podemos dejar la ciudadela.
Ni un posible exterminio nos borraré, ni el aire
podrá aventar angustias y cansancios
más allá de las torres, donde existe
la paz y la verdad ya nada importa.
Cerraremos las puertas,
buscaremos fanales,
cortaremos caminos,
pero siempre veremos
esa espalda de Dios mientras se aleja.

¿Qué sitio nos aguarda?
¿Qué agua nos quitará la sed? ¿Qué mano
cobijará el rasguño?
Inventamos la espera,
bebemos un licor, quemamos sándalo

e intentamos dormir. Un ala negra
abanica la frente, nos convoca
a un sendero sin meta y a la inútil
realidad de cenizas posteriores.
Nos limpiamos el polvo,
disimulamos la última pirueta,
buscamos las riberas
de un imposible río,
nuestra estatura crece en el desastre;
en el insomnio hay alas, fabulosos
océanos sin posibles soledades.
Volvemos a marchar con la herramienta
y la canción apenas levantada.
Retornará en silencio
el tremendo dolor de la esperanza.

Sólo un acto de amor puede salvarnos
pero el plazo no es cierto.
Debemos esperar junto al camino
con el alma dispuesta,
derramada, extendida
sobre seres y cosas.
Revisar nuestras cartas, dar noticia
del cotidiano resplandor, juntarnos
a convivir la sed. Pueden de pronto
quedar parados todos los relojes
y brotar surtidores en la piedra.
Puede sernos inútil
el camino y el pan, puede bastarnos
con un pórtico leve de caricias,
con mirar a los ojos de los niños.
Quién sabe si el dolor traerá la aurora
y sea acaso el lamento
inconfundible anuncio de aleyayas,
y el corazón madure lentamente
como una extraña fruta picoteada.

Sigue la sed y el grito
pero también la nana que pronuncian
esas madres del mundo,
en lenguajes distintos y capaces.
Nuevos hombres de sed. Sigue la vida.

NOTICIA DE MIS MANOS

TRISTES, lentas, mis manos,
asidas a la vida como torpes tenazas,
presintiendo angustiadas su guante de ceniza,
con las palmas vacías hacia un cielo en espera.
A veces creen salvarse, con la fiebre en los dedos,
de este agónico oficio del corazón que tengo,
y se enredan gozosas en un bosque de versos
y quedan desmayadas cuando el alma las mueve.
Pero un viento acerado pasa por las ortigas
de la sangre, las pone
en oscuros manejos, a nivel con la noche,
y fracasa su dulce vocación de paloma.
Entonces son sarmientos sobre la tierra, secos,
renunciando a ser nunca materia de palmeras,
a limitar, en triunfo, con la nube y el pájaro.
Arrepentidas, cruzan
su algodón olvidado por el rostro del hijo
temblosas, temiendo
contagiar la penumbra y la muerte que llevan...
A veces las redime la trenza de la esposa,
les devuelve su clara primavera perdida;
son, para la caricia, una ofrenda de cirios;
se iluminan sus dedos en la fiebre del tacto.
Mis manos que han podido sostener a Dios mismo,
que grabaron ansiosas la corteza del árbol
y ahuyentaron, tenaces, al ciervo del otoño,
que han querido un bautismo con savias no violadas;
manos en un fracaso de blancas plenitudes.
Se alzan mustias y solas, como nidos vacíos,

esperando que roce su epidermis un ángel,
que se rompa el silencio de Dios sobre sus palmas.

En la niebla racimos de manos familiares
alzándose desnudas, sin su guante de tierra;
mis manos repartidas por dominios de sombra,
en la niebla amorosa del recuerdo presentes.
Las manos del abuelo, injertador de almendros,
finas manos con tacto de pulsar primavera,
manos diestras, calladas,
puntuales en la noble vocación sudorosa.
Jazmín inestrenado de aquel niño dormido
para siempre, dejando
un fermento de rosas escondido en la tierra;
no supo la epidermis su ejercicio de lija.
Las manos de la abuela cruzadas sobre el pecho,
dejando cicatrices de hermosura sus dedos,
naciendo de sus dedos la miel de la merienda.
Manos dulces, forjadas
en los nobles oficios, vocación alfarera,
tenaces, prolongadas por la herramienta dura,
arrancando a la gleba la flor y el pan, pulsando
la sangre del caballo, acariciando el trigo,
pastoreando corderos, con el sudor a punto.
Manos mías, en ellas, vuestra sangre heredada
a veces se subleva a su destino, quiere
escapar a ese golpe último de ceniza.
Mis manos familiares, yo os convoco y os llamo;
necesito en la frente vuestro tacto amoroso,
vuestro latir caliente de experiencias; llegadme
bendición o caricia, tirón o manotazo,
regresada la vida. Os convoca la sangre.

Llegad hasta mi cuerpo como una ola o un llanto,
llegad igual que un viento en cita con mi alma,
envolvedme, cubridme, poned en mi mejilla
vuestro color de pájaro escapado de pronto.

Este familiar bosque de regresadas manos
traerá toda la hierba perdida en la esperanza.
Siguen mis manos yertas, alzadas hacia el cielo;
el silencio de Dios recogido en sus palmas.
¡Oh manos familiares! Vuestro viento en mis dedos.
que suene como un arpa.

NOTICIA DE LOS PAJAROS

NO penséis que yo puedo respirar
en un viento sin pájaros.

Les debo todo el brinco del corazón, la fiesta
perenne de mis venas.

Me refugio en sus vuelos, llego hasta el sol o bajo
derramándome en gleba prinerísima.

Espero que algún día lleguen hasta mi mano
para darlos en versos.

Yo sé que en ese día se romperán cadenas
y sacudirán su humo las ciudades,
un tropel de niños inundará oficinas y cuarteles
y avanzará la paz a partir de las bardas
y los bajos aleros de mi pueblo.

Mientras tanto contemplo al gorrión,
promulgo

un reinado de plumas bulliciosas.

Condecora la reja,
tintinea en los cristales,
su presencia doméstica borra melancolías,
quiebra la oscura idea,
la hace vara de mimbre
al pasarle sus pardos e inquietos algodones.

Cuando salgo a los surcos,
cuando llevo simiente,
cuando el niño me sigue con la lleta del trigo,
cuando un hombre de esparto a mi canción se enrolla
y una mujer recoge
el frescor de las viñas,
entonces se dispara un gran salmo de alondras,



siento el alma de pronto multiplicando cielos,
piso sombras aladas,
espanto totovías,
persigo ruiblanca
y al fin quedo dormido sobre cualquier ribazo.
Gracias a Dios conozco que me inundan las frutas
y me cubren los verdes,
y vigilan calandrias
el desamor posible en mis cavernas de hombre,
para llegar a un punto con el trino. Vencejos
hilvanándose un cerco infinito de espera,
la imposible memoria,
la consigna que prende el arpón de los picos
en la más alta nube.
Distingo golondrinas
porque a veces intentan rozarme la mejilla.

Cuando siento unos topos de penumbra oxidada
extendiendo crespones,
cuando cesa el aliento
y reptiles audaces me cercenan los límites,
me pierdo por las rutas del pardillo y consigo,
tomillar adelante,
encontrar la alegría leve y dulce del vuelo.
El chamariz inquieto
es igual que una fruta sonora del almendro;
su monólogo tiene prisa de agua soleada.
El verderol inunda los silencios del olmo.
El ruiseñor esconde su estameña presencia
en la magia cerrada del saúco, en vigilia
para amaestrar los vientos.
Se beberían el llanto del mundo estos jilgueros
que coronan las tobas
si fuese viento herido el suspiro del hombre.
Hay que aprender la alegre libertad de los pájaros,
rozar al sol y darse
sin olvidar el ala.

Imposible el disparo.
El hombre siempre es triste fabricante de redes,
envuelto en ellas crece,
sueña un rapto de cielo
pero envidia a los pájaros.
El otoño no viene arrastrado por túrdidos,
el otoño conserva singladuras remotas,
en desvelo de parto,
para un tiempo de nidos.
El invierno se cruza esperando las rosas,
vigilando los pájaros de la nieve que saltan
sobre el charco o la nube,
congregando avefrías,
columpiando entre plumas nuestro airón de esperanzas.
Es tiempo de bandadas,
de unidad frente al aire,
de obligado silencio.
Rezo a Dios y le pido por los hombres sin pájaros,
por los hombres con muros
y espejismo de luces.
Siempre tras la escarcha esperando la rosa.
Las bandadas terminan en parejas y el canto
crece al sol e incorpora
nuevamente la yerba.
Yo me siento los brazos con un peso de nidos,
siento ruedas y antorchas en mi ser, dulcifico
las etapas del gesto.
Doy noticias del canto, de un ensayo de vuelo,
de un plegar arco iris, de un concilio de alondras.
Nada importa si araña Dios la gleba, si pasa
un oscuro cernícalo angustiando la rama,
si una garra furiosa primavera sustrae.
Rueda Dios en el tiempo repitiendo los pájaros.

NOTICIA DEL AMOR CUMPLIDO

A Patricia.

A veces estoy mudo, meditando en tu vientre,
lentamente penetro cercanías de gracia;
de rodillas, la sangre, forja cruces y rosas,
presintiendo horizontes con el llanto o el gozo.

Hoy ensayan mis labios su homenaje de frutas.
Acaricio tu pelo y mi mano es estrella.
Dios levanta despacio esta red que me aprieta,
esta red que me envuelve, con cadenas y escalas.

Sólo queda en mi frente un recuerdo de alcobas,
una niebla amorosa que nació en los jardines
y fue creciendo mansa, poblando los floreros,
creciendo la alegría, inundando la casa.

Ya nunca olvidaremos las primeras señales
del amor, cuando estabas entre rejas y luces
y mi corazón era sólo brazos, y el verso
era como un glorioso nacimiento de yerba.

Yo vasija amorosa con un colmo de gozos,
atesorando todo el amor de los siglos;
la madeja del alma creciendo, sus latidos
hilando lentamente las cumbres de la entrega.

Era el mundo tan nuevo al besarte que estaba
la voz de Dios latiendo, nos llegaba su peso;

supimos la hermosura de la primera aurora,
cruzaba las esquinas aún la sombra del ángel.

Hoy recuerdo tu pueblo con su bruma celeste,
con su cal reflejada en una cruz de espejos.
Hoy recuerdo tu pueblo y la sed, eso es todo.
Vigilaba en tus ojos la altura de los chopos.

Después siempre has estado con tu labor de lana,
situada en nuestra lumbre, enfrente de mis brazos;
no me ha faltado nunca el trigo de tus manos;
estás hasta en los ojos de mi perro de caza.

Hoy me dices que sientes nuestra sangre creciendo.
¿Qué colosal ballesta de Dios se ha disparado?
¿Qué encendimiento crece dentro de mí? ¿Qué lucha
de sudores y aromas en la ascensión del beso?

Debe tener el cielo alguna nueva estrella.
¿Has mirado el anuncio del jazmín en el patio?
Me pongo de rodillas, para pedir, gozoso,
el límite perfecto de la nana y el grito.

Es una caracola de amor el mundo, suena;
se alza bajo el alero la balada del pájaro.
Un íntimo aposento para Dios es la casa.
Ha entrado en sus dominios de luz nuestra alegría.

¿Sientes el latir hondo de todos los amantes
de la tierra? ¿Presientes la eternidad del beso?
Esta materia de hombre no es un metal maldito.
No será nuestra sangre una inútil ceniza.

Tú llevas en los ojos la hermosura del mundo.
Cuando miras al campo es más verde la yerba

o más blanca la nieve o el jardín multiplica
en prodigio incesante ruiseñores y rosas.

Voy buscando tu paso de amor por la cocina,
entre olor a legumbres y a pan; te glorifica
el delantal, te asciende el temblor de la llama;
dice maternidades la música del agua.

Te busco por la sala de estar, voy encontrando
detrás de las cortinas tus aromas de entrega;
son felices mis manos con tus pequeñas cosas,
guarda toda mi dicha tu caja de costura.

Por la ausencia del músculo no cesará esta hoguera
de Dios, ya no es posible...; no nos resta alegría
este cordón de tierra acechando el latido,
aunque la vida sea una arruga de viento.

Aquí el oro del alma se eterniza, levanta
su cáliz, se incorpora para siempre a otros ámbitos.
La eternidad comienza donde comienza el beso,
a la sombra del árbol grande que hay en el parque.

¿Es cierto que ahora sientes su retozo, que brinca
buscando una postura más cálida, que inquieto
juega con tus latidos, que busca con sus manos
tu corazón? Quisiera eternizar tus luces.

Sueño enormes llanuras con la tierra fecunda,
con el sol ahuyentando la sombra de la alondra.
Yo veo la tierra erguida, milagreada, fragante,
ofreciendo y guardando su eterna flor de madre.

La mano de Dios pasa su seda por tu cuerpo,
un amor milenario se resume en la carne.

El traerá hasta tus pechos su colmena de néctar.
Puedes tejer la lana azul de la ternura.

Todo lo envuelve un aire de milagro cumplido.
El asombro despliega sus cortinas de niebla.
Se suceden en tromba esperanza y temores.
Siento crecer el hijo y es canción mi jornada.

Rojos golpes de sangre junto a Dios me detienen,
he sentido en mis venas su bondad navegable,
me ha cogido el inmenso tornasol de su mano;
ya seré primavera desbordando su alforja.

Amada, ¿no me sientes circular en tus centros?
¿No tiembla en tus entrañas la unidad del latido?
Me ha crecido hoy el alma y hace en ti residencia.
Te he regado la carne de una escarcha dulcísima.

Quiero para la nana una flauta de ángel,
quiero todo el lenguaje del mundo en primavera.
Me colma la alegría de este amor que te cumplo.
Espero de rodillas, delante de tu vientre.

CARTA A PABLO VI

S UENAN voces de falsos redentores,
se establecen murallas.

Cristo sangra en el Vietnam.

Las palomas sucumben sobre Harlem
y cualquier niño negro
muere de soledad
en la Quinta Avenida.

Sin colores, tus manos, Pablo VI,
son pájaros de Dios, rosas abiertas
sobre la tierra, alzadas,
novísimas y antiguas, temblorosas
de pétalos urgentes por la herida
y el sudor compartido.

Voces de desamor cruzan la tierra
entronizando dioses mutilados,
levantando su látigo de esparto,
disolviendo ternura,
no permitiendo el beso.

Hay un silencio sobre primavera,
segando flor y alzando
polvaredas de angustia,
maldiciendo a la vida.

Tu palabra caliente, levantada
sobre las altas torres
del Vaticano, vence
la pesada marea de la sangre
y reparte rocío.

Tu voz suena dulcísima
por Palestina, suena

sobre la vela izada de una barca
eterna en singladura y equipaje.
Busca, sonora, alada,
los perfiles de América,
estremece metales,
quiebra furiosos látigos
y retorna banderas olvidadas,

blanquísimos vellones,
brazos para el amor.
Esta lluvia sonora sobre el mundo
seguirá interminable.
La lanzada de luz de Cristo cruza
perenne sobre límites del hombre.

Has cogido la antorcha de la mano
del Papa Juan, llevaba
aún sudor de su mano labradora,
un resplandor de sol cansado y mieses.
Tus brazos, hueco exacto
para ese hombre que pasa
con el sudor crecido y el pan corto,
y ese otro que camina
entre el odio y la prisa,
y para aquel que cuida falsas flores.

España tiene cruces
en las plazas del llanto,
pero rezan las madres campesinas
con sus voces maduras
y entonces nacen rosas.
Unos hombres de furia, con viseras
entre Dios y los ojos,
su vocación de trigo han intentado
a la tierra quitar, ponerle límite
de rediles siniestros,

pero otros hombres alzan los sombreros
saludando a los pájaros.

El costado de Cristo es un túnel
por donde pasan hombres
con las manos cerradas,
pero está tu palabra en la cosecha
y culmina tu mano
en gestos conciliares.
Tu mano que acaricia
la equivocada libertad del hombre
y señala incansable,
resolviéndose en signos eficaces,
la única libertad, total entrega.

Hoy mis hijos jugaban con espadas
y yo estaba pensando si es posible
la paz, si será el mundo
loca rueda de odios y lamentos
sin posible remedio, si la vida
mordaza y erupción será de sangre;
y pensé en tu sonrisa;
mis hijos elevaron sus cometas.

Toma mi corazón; es, Pablo VI,
para que aumente el peso de tu alforja;
aún tiene el eco de oraciones niñas
olvidadas tal vez, pero en constante
ansia de germinar; toma mi mano
que intenta amor a veces, y mi lengua
que ensaya una canción, un salmo acaso,
valedero tal vez para el camino.
Los pastores señalan aún la estrella.
Vigente está la voz del ángel, se oye
en los múltiples cruces de la vida
y también es manera de silencio.
Debemos avanzar tras tu sandalia,
buscando el resplandor de tu andadura,



deshaciendo fronteras
y cortando punzantes alambradas.
Tendrá la ruta validez de meta
porque el camino puede
empezar a ser patria,
porque la patria empieza
donde el amor empieza.

CARTA URGENTE A RUBEN DARIO

VUELVE, Rubén, estamos esperándote,
hace falta tu voz,
vuelva la vigorosa galopada del verso,
levanta tu estandarte de Hispanidad,
sea el aire
campanario de tu palabra
y quede
igual que un latigazo de furia
o una fruta
plenamente madura, por los cielos del mundo.
Retorna, es necesario tu empujón,
tu caliente
mirada, en un bautismo de selva y avenida,
tu ademán de caudillo de estrellas,
tu latido
creciendo la palabra, anulándole polvo,
desliando sus acentos en un bosque de sangre.
Siguen indios dormidos en los atrios,
y la sombra del dólar
cubre las cordilleras de tristeza,
y la pampa
dilata soledades,
y el odio
trae cuervos y cuchillos y borra antiguas huellas
de arcángeles e hidalgos.
Rubén de las luciérnagas,
del mármol frente al cisne,
de la ternura niña,
de la mano gigante desnudando lamentos,

del cuajarón enorme de Hispania derramada,
vuelve pronto, columpia
en seda de palabras al hombre sudoroso,
nuevamente proclama la vigencia de rosas
trasplantadas por manos cálidas, entregadas
a una tarea de amor, sin límites de tiempo.
Saca del polvo cruces,
escupe a los extraños rondadores con látigos,
que tu voz se levante achicando los montes
y sea espuela constante en las venas de España
para que vuelva un día
por caminos sabidos, del océano, y despierte
con canciones al indio,
y su oficio de América
prosiga, y se le colme
la mano con ofrendas cereales, purísimas,
y rapte hasta un altivo mirador la tristeza
de la desesperanza de sus hijos menores,
y haga que recuperen sus pasos y caminen
junto a todos los pueblos de la tierra,
por los amplios caminos
presentes y distintos.
Esperamos tu voz, es necesario
su doblón de nobleza repicando en la piedra,
es necesario su eco
saltando con limpieza desde la honda potente
del corazón, cruzando
todo el azul posible.

Un águila de gracia hilvane tu palabra
y este idioma de amor se esparza como un humo
fraternal, tapizando
las heridas del mundo,
rompiendo para siempre agónicos silencios,
levantando la fruta
incorrupta, dulcísima,
del corazón de España.

CARTA A JUANA DE IBARBOUROU

TU carta, Juana, trae
olor de fruta extraña,
—acaso sea el perfume de tus manos
en estado de gracia—, trae fronteras
de panal exprimido, trae la sombra
de tus ojos cansados, entre letras.
He recibido América,
conozco sus guitarras y ese viento
cruzando el cafetal, y esa tristeza
envuelta en sol. Yo salto
sobre los mares, busco
un cóndor de alas blancas.
Dicen tu nombre gentes
parando sus caballos;
también he comprobado
que lo saben los pájaros
y que flota en los ríos
gigantes, como una hoja.
Juana, me has asomado
a tu cofre secreto,
en donde guardas cartas
y suspiros azules
de ayer, versos con tierra
y corazón en lucha.
Gracias, Juana, he sabido
que es posible y difícil la armonía,
que tus manos tienen movimiento
fiel y exacto de estrella,
movidas por el alma;

que es necesario, urgente
rimar nuestra sonrisa con el mar, con el aire,
con la brizna de yerba
que el vendaval arranca.

Sabes que habito un pueblo
alzado a la esperanza,
que cotidianamente
muero un poco en mis versos,
que yo sé las alondras
que nacen cada estío,
y abrazo a cada hombre desplomado en los surcos.
Un cordón submarino nos enlaza
la vocación de estirpe.
Moriremos tal vez en el destino
común de la canción,
aunque acaso Dios salve
la palabra heredada, iluminada a veces.
Yo, aprendiz de armonías,
espero este milagro
y voy diciendo lentas palabras de hermosura
arrancadas de un fondo
de fragua poseída y de fiesta de espejos.
Hoy, contigo, ha llegado
este viento de América
que se hace vendaval, a veces céfiro
de palabra común, y llega Pablo
desnudando rencores, con sus voces
de montaña magnífica,
enumerando frutas,
arrancando una oscura
raíz hasta elevarla
a altura de banderas; llega César
traspasando infinitos aguaceros,
regado ya tal vez por Dios, poniendo
en vitrinas de luna la tristeza;
y Gabriela también, con sus ajuares

de niña y una rama de durazno
recién abierta en flor, entre los brazos.

Gracias, Juana de América,
viento de luz, colmena
habitada de abejas oceánicas
que libaron las flores de Castilla
y volaron al mar, dulce trasvase,
remolcada simiente. Me devuelves
la plenitud del verbo,
antigua, recién hecha la palabra,
curtida en otros trigos
pero intacta, posible
para llamar a Dios, para anunciarle
a los hombres que el pan nace en el pecho,
para contar historias a los hijos
de un capitán con luz en el sombrero,
para decir amor en el oído
de la mujer más sola de la tierra,
para pronunciar madre y que las rocas
se estremezcan vencidas de ternura;
de viento y corazón, cima de vuelos,
forja sagrada en término de labios,
palabra hecha de sangre, milenaria,
con un bosque de muertos en su forja,
repartida en la luz, guardado su eco
por Dios en las alturas del lucero.

Montevideo, agosto,
cualquier hora del día, estás cansada
y no de amar, estás también enferma
me dices, pero tienes
recién nacida, niña, la palabra.
Se llevará tu voz el viento justo
capaz de a Dios llegar, no tengas prisa,
no dejarás el alma entre las manos.

Escribo humildemente amor, escribo
Juana, América, Pablo,
de rodillas escribo Gabriela,
escribo César, sigo de rodillas.
Hasta siempre, Juana. Estoy herido.

CARTA A UN ASTRONAUTA

¿QUE vértigo has sentido al ascender,
viajero entre los astros? ¿Qué maniobra
de retorno ha podido
conservar el cordón, garfio seguro
a tus besos de siempre?
¿Cómo es el tiempo y la distancia cuando
quedan lejos los pájaros
y no puedes oír la voz de un niño
convocando esperanzas?
¿Qué soledad de Dios habrás sentido
lejos del hombre, cada vez más lejos
de Dios, por unos cielos minerales?
¿No querías volver hasta un cinema
con olor a sudores,
a una iglesia
con las madres nerviosas por el llanto
de los hijos pequeños, hasta el nervio
de avenidas despiertas por el sordo
clarín de los semáforos?
¿Qué recuerdo de hogaza compartida
te acompañó a través de la galaxia?
Nueva estampa de sed. La luna queda
frente a frente, océano de silencios,
seca de soledades, como tierra
escupida por diablos. ¿Quién diría
después de tanto amor, después de darse
a siglos de jardines,
a pactos y emboscadas,
a desgarró y caricia conseguida?

Dios anduvo el espacio, está su huella,
mas no ocupa salones espaciales,
luces ciegas ni estepas
de sólidos vinagres ateridos.
El oro de sus tiaras
no podrá deslumbrarte, pues no existe
el estiércol dorado en sus dominios.
Ni escucharás trompetas pues no es cierto
que mantenga un jornal de trompeteros
ni que exista un lugar de recepciones
con sus introductores maquillados.
Vuelta a la tierra... ¿Sientes
el técnico empujón y la alegría
de volver a sufrir entre los árboles,
sobre el nevado asfalto de ciudades
con estatuas yacentes y palomas?
Regresas a lo tuyo, se enternece
un pinar que esperaba tu consigna.
Un humilde muchacho está ovillando
su rubor como un hilo de cometas.
...Y la rueda de prensa de los necios :
«¿Qué visillo de sol dejó que vieras
algo de Dios...? ¿Acaso...?»
Pero tú tienes prisa
por abrazar al niño que reparte
la leche o al anciano
que vende los periódicos, o al hombre
que suda de dolor en cualquier puerto.
¡Qué cerca estaba Dios! ¡Y sin saberlo!

INDICE

	PÁGS.
Nota marginal	5
Noticia de la sed	9
Noticia de mis manos	13
Noticia de los pájaros	17
Noticia del amor cumplido	21
Carta a Pablo VI	25
Carta urgente a Rubén Darío	29
Carta a Juana de Ibarbourou	31
Carta a un astronauta	35

EDICIONES DEL EXCMO. CABILDO
INSULAR DE GRAN CANARIA
Casa-Museo de Colón
Colón, 1 - Las Palmas

I.—LENGUA Y LITERATURA.

1. Ignacio Quintana, Lázaro Santana y Domingo Velázquez: *Poemas*. (Publicado).
2. Luis Benítez: *Poemas del mundo interior*. (Publicado).
3. Fernando González: *Poesías elegidas*. (Publicado).
4. Sebastián Sosa Barroso: *Calas en el Romancero de Lanzarote*. (Publicado).
5. Juan Marrero Bosch: *Germán o sábado de fiesta*. (Publicado).
6. Agustín Espinosa: *D. José Clavijo y Fajardo*. (En prensa).
7. José Pérez Vidal: *Poesía Tradicional Canaria*. (Publicado).
8. Manuel Alvar: *Estudios Canarios*. (Publicado).
9. José Batlló: *Una Historia de Amor*. (Publicado).
10. Rafael Guillén: *Amor, acaso nada*. (Publicado).
11. Ruth Schmidt: *Cartas entre dos amigos del Teatro: Manuel Tolosa Lator y Benito Pérez Galdós*. (Publicado).
12. Saulo Torón: *Poesías*. (Publicado).
13. Pedro Perdomo Acedo: *Elegía del Capitán Mercante*. (Publicado).
14. Jesús María Godoy: *Sobre el Camino*. (Publicado).
15. Lázaro Santana: *Recordatorio USA*. (Publicado).
16. M. Alvar L.: *Niveles Socio-Culturales en el habla de Las Palmas de G. Canaria*.
17. Chona Madera: *Los contados instantes*.
18. Enrique Ruiz de la Serna y Sebastián Cruz Quintana: *Prehistoria y protohistoria de Benito Pérez Galdós*.
19. Julio Alfredo Egea: *Cartas y Noticias*.

II.—BELLAS ARTES.

1. Alberto Sartoris: *Felo Monzón*. (Publicado).
2. J. Hernández Perera: *Juan de Miranda*. (En preparación).

III.—GEOGRAFIA E HISTORIA.

1. J. M. Alzola: *Historia del Ilustre Colegio de Abogados de Las Palmas de Gran Canaria*. (Publicado).
2. Marcos Guimerá Peraza: *Maura y Galdós*. (Publicado).
3. M. Luezas: *Geografía de Gran Canaria*. (En preparación).
4. Dr. Juan Bosch Millares: *Historia de la Medicina en Gran Canaria*. (Publicado).
5. F. Morales Padrón: *Sevilla, Canarias y América*. (Publicado).
6. Dr. Juan Bosch Millares: *Don Gregorio Chil y Naranjo, su vida y su obra*. (Publicado).

IV.—CIENCIAS.

1. Dres. Bosch Millares y Bosch Hernández: *El síndrome de Gardner-Bosch*. (Publicado).
2. José Murphy: *Breves Reflexiones sobre los Nuevos Aranceles de Aduanas*. (Publicado).
3. Günther Kunkel: *Helechos cultivados*. (Publicado).
4. F. Estévez: *Flora canaria*. (En preparación).
5. Günther Kunkel: *Arboles exóticos*. (Publicado).

V.—LIBROS DE ANTAÑO.

1. D. J. Navarro: *Recuerdos de un noventón*. Estudio preliminar de Simón Benítez. Notas de Eduardo Benítez. (En prensa).

VI.—VARIA.

1. Luis Doreste Silva: *Romance de la isla al paso de Cristóbal Colón*. (Publicado).
2. Luis Doreste Silva, Juan Jiménez, A. G. Ysábal: *Poemas*. (Publicado).
3. Joaquín Artilles, Luis Doreste Silva y Pedro Perdomo Acedo: *Rubén Darío*. (Publicado).